



Contrajusticia: ignominia, aberración e infierno⁶

Vinicio Barrientos Carles

Revista digital *Gazeta*

Mi vida ha estado enteramente dedicada al propósito de contribuir a que en Guatemala sea posible vivir la justicia.

Erika Aifán Dávila

Porque hay tanto que expresar, no me alcanzarán las palabras. Perdón por ello. Sin embargo, al entendido le bastan unas cuantas, mientras que al que no entiende, ni con muchas entenderá. Y no será por falta de comprensión, sino porque, de manera radical, no quiere comprender, porque no le conviene abrir sus ojos ni sus oídos. Y lo que no se quiere, hasta a la fuerza no es bueno. No obstante, y de acuerdo al lema en el antiguo escudo chileno: «Después de las tinieblas, la luz, por la razón o la fuerza». Cabe esperar, después de tanta agua que va al cántaro, que Guatemala escoja la primera vía.

La corrupción impera, y todo lo contrario a la justicia está viendo la luz del sol, paseándose por todos los rincones de nuestra amada Guatemala, oscureciendo cualquier esperanza y llevándola hasta lo más hondo del infierno, empujándonos a muchas preguntas que no podemos ya evadir. ¿Podremos caer aún más bajo? ¿Hasta cuándo seguiremos en esta latencia inerte? ¿Hasta dónde tendremos que llegar para asumir nuestro papel ciudadano? ¿Hasta qué sufrimiento deberemos enfrentarnos para entender nuestras responsabilidades con el propio destino? ¿O es que acaso queremos seguir siendo el pasivo ganado que el patrono lleva al matadero?

Nuestra falta de capacidad de diálogo, nuestra acérrima polarización, la perpetua búsqueda del convencimiento del otro, llegando

6. Publicado el 24 de marzo de 2022. Tomado de <https://gazeta.gt/contrajusticia-ignominia-aberracion-e-infierno/>



al extremo de neutralizar cualquier acción o expresión del que es distinto, y en fin, todos y cada uno de los males que nos aquejan, tienen un mismo origen: un tremendo lavado de mente, construido desde los temores que llevamos dentro y alimentado por los sufrimientos que día a día los carroñeros ponen en nuestra mesa. Pero, ¿cómo explicar la contrajusticia que estamos presenciando? Pregunta de difícil respuesta, por las mentirillas y la hipocresía aberrante a la que nos hemos acostumbrado. Para un primer boceto, deberemos simplificar las cosas, mientras llega un retrato más fiel de nuestra compleja realidad.

Los hechos se resumen fácil: cualquiera no alineado a la corrupción campante es perseguido, hasta ser eliminado del campo de batalla. A inicios de semana hemos perdido a otra luchadora, hostigada y amenazada hasta no más. Erika Lorena Aifán Dávila ha tenido que huir, porque se encontraba, como bien expresó, sin garantías de protección, sin apoyo y en riesgo de perder su integridad. En suma, partió sola y desamparada, al frente de una lucha que debería ser de miles, que debería ser de todos. Ya tenemos los datos. La pregunta es: ¿cómo podemos explicar esta nefasta ignominia a la que hemos llegado? Nos hemos convertido en cómplices de estos males, pues nuestra inacción ha dado cabida a las atrocidades que estamos viviendo.

La jueza Erika trabajó como tal durante casi dos décadas y, específicamente, se desempeñó durante seis al frente del Juzgado D de Mayor Riesgo. En el vídeo compartido, a raíz de su renuncia al cargo, ella expresó:

Mi vida ha estado enteramente dedicada al propósito de contribuir a que en Guatemala sea posible vivir la justicia. El camino no ha sido sencillo; enfrenté denuncias, amenazas y presiones, además de que el ejercicio responsable del cargo requiere una dedicación casi absoluta a la profesión. En esta capacidad, he conocido grandes casos de crimen organizado, y estructuras de



corrupción en todos los niveles del Estado, de donde surgen el mayor número de presiones y amenazas en contra de mi independencia y de mi integridad.

Nuestro boceto empieza con unas pinceladas sobre nuestra especie: Homo politikon (emulando a Aristóteles). Perseguimos el poder, tanto individual como colectivamente. El dinero se ha convertido en un poder de vencimiento postergable, heredable y más maleable que las modalidades políticas más antiguas, como las eclesíásticas o las ideológicas. En toda la región, pero más en nuestro país, Guatemala, existe una innegable herencia colonial que sigue siendo la columna vertebral de la oligarquía actual, que hoy por hoy, ha descendido al inframundo ético. A punto tal la decadencia moral, que se negocia, detrás de los escenarios públicos, con las mafias, los corruptores, los asesinos, los traficantes y con todos los líderes de cualquier forma de crimen organizado.

Este característico orden posmoderno marchaba muy bien, hasta que algunos decidieron solicitar una fuerza externa, con la que se pretendía devolver el control a los dueños de la finca, sin sospechar que expondría de forma lamentable los vínculos y relaciones entre los de cuello blanco y la mano negra de nuestra sociedad. No se sospechaba que esta entidad, en la pretensión de su función nominal, al desenmascarar a los mismos gobernantes de turno, terminaría exponiendo la coparticipación de las élites que subyacen en la politiquería vigente. En su clímax, después de la Plaza, se obligaría a los oligarcas a pedir perdón por unos delitos de fraude electoral, que se supone debían pasarse por alto, por ser tan «naturales».

Más allá de la vergüenza, se trataba de la ofensa sufrida. Haber entregado al pueblo evidencias de las redes criminales detrás de lo temporal, exigía un severo castigo. Entonces fue el caos, el miedo, la reorganización y varias cirugías de emergencia. Consumada la primera, la expulsión de la Cicig, debía retomarse el control del imaginario, redirigiéndolo... retrabajándolo. Recurrir a la vieja herramienta de la manipulación mediática, invocando los fantasmas del pasado, los temores chapines más profundos. Trabajar en lo intangible exige una gran disponibilidad de recursos, pero, después



de todo, a los poderosos esto les sobra, lo que aplica tanto al ámbito intrapaís, como a lo externo también.

El fenómeno de la Plaza exigió, con urgencia, retomar el control mediático de los valores, para después pasar al castigo, uno visible, para todo aquel ingenuo o ingenua que se creyó eso de «una nueva Guatemala», una basada en la justicia y la equidad. Era imperioso colgar a esos íconos del «despertar de la conciencia». Cuando a varios oligarcas se les tildó de corruptos, las élites se unieron como nunca. Montando una diversidad de funciones circenses, pero manteniendo al grueso de la población en el límite de la pobreza, se ahogaba esa estúpida posibilidad de la «construcción de ciudadanía». Todo eso, tan absurdo, no podía continuar: solo las personas desocupadas pueden dedicarse a eso de manifestar, exigiendo derechos.

Habría que ver cómo se logró, y de forma tan rápida, silenciar a los agentes anticorrupción. Se les asoció con la izquierda comunista (como en el caso del comisionado Iván Velásquez), con los desestabilizadores del Estado, con los declarados enemigos de la institucionalidad. El resultado es evidente: la integración del pueblo en pro de una causa común, la lucha contra la corrupción y la impunidad, se ha esfumado en lo absoluto. El término corrupción se ha transformado en la médula de una nueva segregación, la que tiene su broche de oro en los más grandes hipócritas que ostentan el poder. Así, la mesa quedó servida para aquellos que perseguían una venganza, notoria y sin posibilidades de escape.

Circula en redes sociales una adaptación del famoso poema «Primero vinieron...», del pastor luterano alemán Martin Niemöller, del cual, a lo largo de siete décadas, se han hecho muchas adaptaciones, todas en la misma dirección: señalando la lamentable condición humana, que tiende al individualismo, que deriva en la falta de conciencia colectiva, en la apatía social y en el rechazo del otro, el que es distinto a mí. Por ello resulta fundamental trabajar, de toda forma posible, en estas dos dimensiones, el individualismo y la negación de la otredad, la alteridad. Una de las versiones chapinas del poema dice:



Primero vinieron por los periodistas, y no dije nada porque yo no era periodista.

Después vinieron por los fiscales, y guardé silencio porque yo no era fiscal.

Luego vinieron por los jueces, y no protesté porque yo no era juez.

Al rato vinieron por los que protestaban, y no hice nada, porque, después de todo, yo no estaba protestando.

Al final, vinieron por mí, mas ya no había nadie que pudiera hacer algo al respecto.

Para combatir esta tendencia, quizá natural, resulta prioritaria la reeducación social, reenfocándonos en el futuro, más allá de la inmediatez. Para ello se requiere racionalidad y templanza, es decir, fortaleza volitiva y emocional, en pro de la edificación de ese mejor futuro. Tantos cabos sueltos, pero ni el relato ni la historia terminan aquí. Deseo finalizar citando, nuevamente, a Erika Aifán, a quien deseamos pueda retornar pronto a su patria, por la que tanto ha trabajado. En su breve mensaje nos instó al cambio, expresando: «Pero quizás es tiempo de unirnos y recuperar fuerzas para encontrar nuevas rutas de transformar Guatemala. De eso depende que nuestras niñas y niños puedan tener una vida mejor».

Cría cuervos y te sacarán los ojos⁷

Edwin Asturias Barnoya

Diario La Hora

Los cuervos son pájaros negros conocidos por su astucia y adaptabilidad, y tienen fama de dañar las siembras. Esta semana dos columnas de opinión en *Prensa Libre* de intelectuales de la élite conservadora guatemalteca, Eduardo Mayora (@Vientomares) y Fritz Thomas (@FritzThomas1) muestran ya los síntomas del actual Gobierno de Guatemala y sus cooptadas instituciones de Justicia perdiendo su beneplácito.

6. Publicado el 24 de marzo de 2022. Tomado de <https://gazeta.gt/contrajusticia-ignominia-aberracion-e-infierno/>